

Eduardo Chirinos. *Humo de incendios lejanos*. Grupo Editorial Mesa Redonda. Lima. 2010.

Eduardo Chirinos ha sido incluido entre los veinte mejores poetas peruanos del siglo XX en la *Antología: la poesía del siglo XX en el Perú* (Visor, 2009) preparada por José Miguel Oviedo y solo hace unos días ha sido premiado en España con el Premio Internacional de Poesía Generación del 27 por su último libro *Mientras el lobo está*. Estas circunstancias me ahorran el comentario sobre la importancia de su obra poética y me permiten abordar de forma directa su reciente libro *Humo de incendios lejanos*.

Este poemario combina una estructura bien definida –trece poemas de diez estrofas, cada una de las cuales es una variación sobre el tema del poema–, con una expresión que se ofrece en un fluir continuo de palabras sin puntuación, que hacen que el lector se apropie de ellas al imponerle su propia respiración, necesariamente distinta. Esa libertad buscada, que no hay que confundir con la postura de agramaticalidad militante de las vanguardias, es uno de los grandes logros del libro, pues consigue transmitir esa necesidad imperiosa de liberar, en lo posible, los límites que la escritura misma impone como estructura lineal sujeta a una temporalidad. Esto hace que el volumen no parezca –aunque sí lo es– una construcción sólida, sino más bien un vestigio que se nos deshace en arena entre las manos, dejando al paso del roce con la piel su rastro de sensaciones, impresiones veloces que se sitúan más allá de las habituales coordenadas sensoriales, imágenes fugaces solo intuitas. Su arriesgada



apuesta por una expresión alejada de lo reglado y por una simbología tremendamente personal podría haber supuesto una traba para el lector que, sin embargo, se siente enseguida enredado en las informes emociones que recorren el libro, y un perfecto dominio de los ritmos, las palabras y los silencios disipan pronto su oscura envoltura. A pesar de ello, Chirinos ha incluido unas “Notas” que, aunque calificadas de “prescindibles”, son muy útiles para conocer el origen de ciertas evocaciones.

Sus versos, a través del referente bíblico del arca de Noé, invocan un mundo que quedó fuera, que hoy forma parte de ese lado oscuro y misterioso que ya no sabemos reconocer:

los que nunca ingresaron al arca los que restregaron sus  
lomos en la puerta los que perdieron sus nombres cuando  
la lluvia arreciaba los que vieron de cerca el rostro oculto  
de la desesperación todavía existen pueblan los bestiarios  
recorren oscuros laberintos habitan el miedo y la fantasía  
de los hombres [...]

Entre otros referentes —el amor, el dolor, la soledad...—, el más significativo es el metapoético: la palabra y el silencio —recurrente en su poesía— se disputan su lugar fuera y dentro del poema; lo presente y lo evocado; el amor y el dolor; lo sublime y la torpe voluntad que nos empuja al papel:

no dijo la dama de blanco tu deber es escribir haya  
o no haya sol tocar el revés de la cartografía hundirte  
en la tinta del pulpo y mirar si es posible mirar pero  
no ver si dijo la dama de negro tu deber es callar haya  
o no haya sol torcer hacia adentro la lengua aceptar  
el placer y no escribir si es posible no escribir

Esta tremenda lucha, este dolor por la belleza, «capricho incesante de la forma» y forma que «dibuja su danza en el vacío», esa «rosa azul» que «flota a la distancia», que «hiere sin dolor la levedad del aire», recorre de mil formas las páginas del libro, observándolo, observándonos, en un

juego inquietante de ecos y vacíos que nos despoja de la fácil certidumbre de lo reconocido, de la palabra que dice, y nos arroja al lenguaje sin límites, a la emoción que se desborda, a la música que anega. En la noche, la poesía lo asalta, él la cuida, intenta sentarla a su mesa para que le dé lo que espera, lo que necesita, le da su música para que le regale el poema, pero es ella la que espera, ella la que pregunta; y el poema imposible, la palabra, angustiosamente necesaria, no es más que una «mancha que arruina el pentagrama vacío».

si digo una palabra incendia la palabra si decido  
 callar pudre mi lengua si la miro a los ojos ordena  
 azul en arameo tira mis orejas hiere con la uña  
 la pureza del aire luego espera con qué paciencia  
 espera así mancho tus ojos dice así ensucio tu deseo

El sufrimiento implícito que lleva la poesía, su búsqueda, su posesión, recorre en múltiples formas el libro: a veces es la angustia por encontrar el verbo, otras por atrapar la música que huye o que se niega; el poeta está siempre a merced de esa lucha, en ofrenda constante.

siempre lo mismo el mar azul el polvo de egina la tinta  
 del pulpo encharcada en la voz o en el papel siempre  
 lo mismo aunque la escena cambie de sueño o de deseo  
 aunque la belleza diga no y la verdad cierre sus ojos

yo te miro con toda la luz y la oscuridad que poseo

En una inquietante imagen el poeta intenta explicar qué es el dolor: «con una hoja de afeitar le corté el dedo de una muñeca / no hubo sangre no hubo parpadeo dije este es el dolor». A pesar de la conciencia de este y de su propia limitación, o mejor, enriquecido por ella, nos invita a compartir sus fuegos y a escuchar sus silencios.

Chirinos desacraliza la figura del poeta pero enaltece la de la poesía, pues para él la poesía existe independientemente del poeta, busca al poeta, y si no es uno será otro, porque solo es instrumento.

esa música no es mía viene de muy lejos de épocas  
remotas del primer rinoceronte que soñó Venecia...

¿en qué pecho cantarás cuando me vaya?

El libro se cierra con un guiño muy personal: la poesía le dice que conserve la palabra y que escriba con ella este libro. Fructífera obediencia, y goce para el lector que sepa descifrar su rico lenguaje de humo. (Inmaculada Lergo)